

# Solo la fe nos alumbra

Eusebio Gómez Navarro



SAN PABLO

## Introducción

**E**n uno de sus libros, A. Frossard se ríe de aquellos que dicen haber perdido su fe «como se pierde el bolso o un manojito de llaves», y señala que, en los depósitos de objetos perdidos, se reclaman más fácilmente los guantes que la fe, seguramente porque no es importante para él que la ha perdido.

En realidad tendríamos que hacernos varias preguntas: ¿Cómo es nuestra fe? ¿De carbonero, infantil, adulta? ¿Dónde, cuándo y cómo la hemos perdido? ¿Queremos recuperarla? ¿Qué haríamos para conseguirlo? Pero claro, la fe depende del concepto que tengamos de Dios.

Vivimos en un mundo caracterizado por grandes y rápidos cambios que nos producen como efecto negativo no saber hacia dónde vamos ni qué rumbo debemos tomar. Nuestra fe ha cambiado su objeto y ha pasado de creer en Dios a creer en la técnica. Lo mismo sucede con la esperanza. Ya no nos interesa el «largo plazo» de las promesas de la fe; solo tenemos esperanza en que esa técnica nos dará una buena vida más cómoda, más larga, mejor. Y el amor... ¿Qué decir del amor o de eso que otros llaman caridad? El concepto amor se ha desvirtuado tanto que cada cual entiende

algo distinto cuando se habla de él. Y esto se nota en nuestra misma relación con Dios, que ha pasado de sernos familiar, a ser un extraño situado fuera de nuestros intereses más inmediatos.

En nuestro tiempo, hablar de Dios se ha convertido en un negar a Dios: negar a Dios para amar al ser humano (L. Feuerbach), negarle para amar la justicia (K. Marx), negarle para amar la vida (F. Nietzsche), negarle para amar a la persona en su fragilidad (S. Freud), negarle para amar el progreso (A. Comte), seguir negándole para amar la ciencia (R. Carnap y M. Foucault), negarle para amar la libertad (J. P. Sartre). Para quienes así hablan Dios es peligroso y Él es la causa de muchos de los fundamentalismos de las religiones.

Esta realidad ha conseguido que muchos seres humanos vivan ignorando a Dios, dándole la espalda, totalmente ajenos a él en sus vidas. El Evangelio no les dice nada, no resuelve a corto plazo los problemas que tienen planteados. Dios ya no es necesario; lo suplen con creces la ciencia y la técnica y, por supuesto, el dios dinero. Y justamente en esta encrucijada, en la que se cruzan la increencia y la desilusión, el desinterés y el sufrimiento, es donde se abre como una invitación la fe cristiana. Una invitación a conocer a un Dios cuya esencia es ser Padre y Amor.

H. Huvelin le sugirió a Charles de Foucauld esta sencilla oración: «Dios mío, si existes, enséñame a conocerte». Un conocimiento que entra por el oído cuando acogemos con cariño y sencillez la palabra de quienes creen en Él. Cada cual lo hace como sabe y

puede, pero todos podemos y debemos hablar de Él (después de haber hablado mucho con Él) pese a la dificultad que esto entraña.

La fe en Dios nos permite saber que Él nos busca, y por eso podemos reconocer su presencia en cualquier lugar y en cualquier persona, también en nosotros mismos. La fe nos da la seguridad de que Dios camina con nosotros, de que para Él y con Él todo es posible, de que con su presencia lo tenemos todo: alegría, luz, paz, bien, vida. Es la fe, la que nos hace saber que caminamos en medio de sombras y luces, y que, a pesar de todo, es posible verle en cada momento de nuestra existencia porque Él sale a nuestro encuentro. El camino hacia Dios está precedido por la búsqueda de Dios a cada persona. Esto es sencillo, hay que dejarse encontrar.

Jesús, ante la fe del que pide y la miseria de los hombres, hace el milagro y dice: «Tu fe te ha salvado», hágase según tus deseos. La fe en Jesucristo cuando está viva y da fruto de buenas obras, humaniza al ser humano y le hace más compasivo, más generoso y más solidario con los otros hombres. Pero cuando ponemos nuestra fe al servicio de otros dioses, nos convertimos en lobos para los otros hombres (ahí están las mortíferas dentelladas del capitalismo, afectando a tres cuartas partes de la humanidad). «No es verdad, aunque a veces parezca decirlo, que el hombre pueda organizar su vida sin Dios. Lo cierto es que sin Dios no puede, a fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre» (H. de Lubac). Nadie puede vivir sin fe, sin algún tipo de creencia, sin confiar en otro. Y lo urgente es revisar

en qué y en quién creemos y juzgar si son dignos o no de nuestra confianza.

La fe es una gracia, un regalo: un don de Dios que exige la respuesta libre y consciente del ser humano como tarea de cada día y esta tarea es lo que llamamos constancia. Creer sin cansarnos, sin ceder a las múltiples razones que nos quieren ganar para su causa (una causa sin Dios).

La fe es tan dinámica y vital, que confiere a quien la posee un sentido que orienta por completo la vida; por eso el creyente aprecia y valora su fe como un gran tesoro, como aquella perla de la que habla el Evangelio (Mt 13,46) que al ser encontrada uno vende todo lo que tiene para poder comprarla.

Después de haber celebrado el Año de la fe, cada creyente debe mirar cómo contribuye a la evangelización de la Iglesia, desde su propio compromiso cristiano de ser testigo (con sus obras) del Evangelio.

He dividido la obra en cinco capítulos: «La existencia de Dios», «La fe nos salva», «Yo creo», «Fiarse de Dios», «Fe y compromiso».

*Solo la fe nos alumbra* es el título de este libro que quiere ayudar a vivir ese don con renovado entusiasmo. Dios «es luz sin ninguna oscuridad» (1Jn 1,5) y precisamente por eso nos deslumbra a los que tenemos una capacidad muy pequeña para ver. La fe es justamente la luz que alumbra nuestra oscuridad y la que nos permite ver a Dios, esperar en Él y amarle. Es así como se convierte (la fe) en vida para nosotros y los demás. Creer en Jesús nos transforma, nos cambia, nos «convierte», y ese es el don de Dios: la salvación. Ella y solo

ella es la que alumbra e ilumina la noche de nuestra vida, es lámpara para nuestro caminar.

«¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1,45), dijo Isabel a María. Dichosos aquellos que ven a Dios porque creen, esperan y aman. Felices aquellos que en todo momento, en las buenas y en las malas, viven de la fe, porque serán salvos, porque vivirán en paz y porque serán instrumentos de salvación para los demás.

El creyente no está libre de dudas, tiene la obligación de buscar la luz en medio de la noche; pero nuestra confianza en Dios es más fuerte que todas las dudas, pues nos apoyamos en su Palabra y sabemos que no nos puede engañar.

Creemos en el Dios de Jesucristo. No solo proclamamos que Dios existe, sino que reconocemos que vive en nosotros formando parte de nuestra vida. Somos conscientes de que nuestra fe es débil: nos dejamos seducir por el poder, la comodidad, el dinero, el placer. En muchas ocasiones somos incoherentes con nuestra fe, ya que esta no es una fe viva y nuestra conducta está muy lejos de la teoría. Se siente no solo probada, sino azotada por las tempestades de la vida y, sin embargo, a pesar de nuestras sombras, creemos firmemente en el Dios de nuestro Señor Jesucristo.

La fe nos ayuda a construir un mundo mejor. «El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable [...]. Si hiciésemos desaparecer la fe en Dios de nuestras ciudades, se debilitaría la confianza entre nosotros, pues quedaríamos unidos solo por el miedo, y la estabilidad estaría comprometida», afirma el papa Francisco.

Hoy, como siempre, la fe es una opción personal que no se debe apoyar en los otros. Sin embargo, muchas personas necesitan que se les ayude a buscar a Dios, a confiar en Él. Necesitamos creyentes que sepan «dar razón de su esperanza» (1Pe 3,15) y puedan «ser ante el mundo testigos de la resurrección y de la vida de nuestro Señor Jesucristo, y señal del Dios verdadero» (concilio Vaticano II).

© SAN PABLO

# Índice

	<i>Pág.</i>
<b>Introducción</b> .....	5
<b>I. La existencia de Dios</b> .....	11
Dios, un extraño.....	12
No hemos visto a Dios .....	16
Incoherencias.....	21
Fe sociológica.....	25
Una pregunta inquietante .....	31
Dios: Misterio de amor .....	35
¿Cómo conocer a Dios? .....	38
Buscar a Dios.....	42
Dios se hace encontradizo.....	44
Jesús, punto de encuentro .....	47
<b>II. La fe nos salva</b> .....	53
Crisis de fe .....	54
Nuestras dudas a examen.....	57
Una petición singular .....	61
La fe es un regalo.....	66
La fe y nuestros intereses.....	70
Miedos.....	75
Volar juntos .....	78



Pág.

Confía, no temas - Confiar y estar tranquilos.....	82
Dios cree en nosotros .....	87
El poder salvador de la fe .....	90
Camina a nuestro lado.....	93
¿Para qué sirve la fe?.....	96
Jesús es la luz .....	101
Crear para ver .....	106
Luz en el corazón .....	111
Dichosos los que creen sin ver .....	115
<b>III. Yo creo .....</b>	<b>121</b>
Creo en Dios Padre.....	122
Creo en Jesucristo que se encarnó y murió.....	128
Creo que Cristo resucitó .....	133
Creo en el Espíritu Santo .....	138
Creo en la Iglesia católica .....	143
Creo en el perdón de los pecados .....	147
<b>IV. Fiarse de Dios .....</b>	<b>153</b>
Dios quiere que tengamos vida.....	155
Sensaciones de Dios .....	160
Pájaros, lírios y nosotros.....	164
Dios nos cuida .....	171
Dios es fiel.....	174
De romería con María .....	177
Estrellas de luz en el camino .....	182
La creación es un espejo .....	185
Lanzarnos hacia Dios .....	187
Un poco de estilo .....	192

	<i>Pág.</i>
<b>V. Fe y compromiso</b> .....	195
Transformaciones .....	196
Todo es posible para quien cree.....	202
Comer y beber juntos, una fiesta.....	205
Cree, ama y espera.....	209
Una puerta abierta al infinito .....	215
La fe entra por el oído.....	219
¡Ay de mí si no evangelizo!.....	222
La oración se alimenta de la fe.....	226
Crear es entregarse.....	231
Crecer en la adversidad.....	236
Muéstrame tus obras y te diré cómo es tu fe.....	239



SAN PABLO